

En la Muerte de Pío XII

Monseñor Félix Henao Botero

Fecit enim mirabilis in vita sua.

(Eclesiástico 31-9).

Con filial devoción estremecida recibimos el encargo del Pastor para una modesta apología del Padre común que “ha empobrecido al mundo con su desaparición” al decir del estadista amigo suyo.

La Iglesia católica, que es ciudad de Dios, cuyo rey es la verdad, cuya ley es la caridad, cuya medida es la eternidad, al decir de San Agustín, permanece en silenciosa oración ante los altares del Señor, mientras el mundo bautizado y el pagano parecen suspendidos, sumergidos y abrumados por el dolor ante la tumba del más egregio conductor y padre de la presente centuria: **Nemo tam Pater**: su paternidad espiritual arropó todos los continentes y llevó el consuelo y la esperanza a todas las islas y naciones, a los mares y las alturas.

Ante el Papa se siente la presencia de Dios. Era un penitente en oración cargado con los pecados del mundo. Su imagen, su figura, su sagrada majestad misericordiosa, no se borrarán jamás de la memoria de quienes tuvimos el divino galardón de contemplarlo de cerca y permanecer a sus plantas en súplica filial.

Qué magia sobrenatural la del Pontífice. Magia extraña y silenciosa. Alto, delgado, majestuoso, fascinador. Sus manos como sarmientos, manos de mate blancura con un matiz de color oliva, bendecían, amonestaban, consolaban, levanta-

ban las conciencias y el corazón hacia Dios. Su mirada profunda, misericordiosa y sabia, parecía penetrar más allá de las cosas y de las conciencias. Eran sus ojos intérpretes de los dolores y agustias de la humanidad. Hablaba con una cortesía sobrehumana, vibrante y consoladora. La palidez de su rostro unida a la envoltura frágil semejante a un cuerpo luminoso de alabastro, transparentaba un alma en ascuas de caridad.

Al pasar por las salas, la plaza de Bernini o la basílica de San Pedro, llevado con amor por los sedentarios, en medio de flabeles flexibles, dos abanicos de plumas de avestruz sostenidos por largas pértigas, coronado con la tiara y revestido de brocados y sederías, la muchedumbre se electrizaba por la presencia incomparable de un pastor que volvía los ojos y los brazos y su augusta cabeza encanecida hacia todos los lados y rincones, como buscando la oveja perdida con afán.

Los diplomáticos y los niños, la nobleza y los obreros, las púrpuras y las mitras, el clero y los universitarios, las doncellas y los escritores, los sabios y los ignorantes, las madres y las viudas, los peregrinos en fin, al doblar las rodillas, arrodillaban el alma por la fe en la presencia del dulce Cristo en la tierra.

Terminadas las alocuciones, canonizaciones y ceremonias y antes de esfumarse por las galerías y estancias, se volvía hacia el pueblo ansioso de retenerle entre una red de corazones, de plegarias y alabanzas. Entonces el Papa se erguía sobre la silla gestatoria, abría los brazos con flexible ademán acogedor, miraba al cielo como si la visión de Cristo le mantuviera en éxtasis, se humedecían sus ojos profundos y luego, como arrojándose sobre el mundo en un abrazo de piedad, bendecía a los peregrinos, a los pródigos, a los tristes, a los humildes, a los enemigos, a los hogares, a las naciones, **Pertransiit benefaciendo et sanando**, como Pedro el pescador.

Cada bendición suya era un apostolado, su mirada parecía leer las almas para amonestarlas acogéndolas, su paso ligero daba la impresión del afán por conquistar los corazones para Cristo, sus oídos atendían el clamor al clamor de muchedumbres pidiéndole el pan de la palabra vivificante y la bendición. Y su ternura era igual a su majestad. Pontificando en San Pedro se sobrecogían las almas al palpar la

sencillez sobrenatural y presenciar la devoción cautivadora como si fuese la primera misa en compañía de los ángeles.

A su paso se convertían o se arrepentían los incrédulos, los apóstatas y los encallecidos en el mal. Y cuando un niño o una ancianita lo saludaban desde lejos, agobiados por la visión sobrehumana y enternecedora, el Papa los miraba como nuestro Señor, sonreía complacido y los bendecía con paternal unción.

Santa audacia la suya

El carácter es la armadura interior de quien está convencido de sus principios y obra por fines superiores. La fe, la esperanza y la caridad, heroicas en la santidad. Y el santo es héroe.

Donde hay amor no se fatiga el alma, decía San Bernardo, ni el corazón trepida. En Munich desafiaba las fuerzas de la revolución que invaden la Nunciatura con ánimos de verdugos. Su mirada los detiene y su porte lleno de valor silencioso y de dignidad clemente, los desarma. Osadía la suya cuando en medio de las cortes en contienda hablaba pausadamente, enérgicamente, valerosamente, el mensaje de Cristo por la paz.

Impertérrita su misión apostólica, como delegado de su Predecesor para hurtar las pesquisas y censuras de gobiernos prepotentes al traspasar los Alpes en una odisea memorable para comunicar desde Francia la encíclica condenatoria del totalitarismo.

Santa osadía la suya cuando ante los bombardeos de Roma y el desplome de la basílica de San Lorenzo que guarda las cenizas de Pío IX, se lanzaba sin previo aviso en compañía de un prelado por las plazas y callejuelas hasta los extramuros en donde humeaban los escombros y gemían las viudas y los huérfanos, a quienes llevaba con el aliento espiritual el alimento corporal, la paternal bendición, el óleo y el vino del buen Samaritano.

Audacia incomparable la suya, como la de sus predecesores ante los vándalos, ante las fuerzas beligerantes que se disputaban a Roma como una fortaleza de enlace y estrategia. El estratega fue el Papa al obtener que Roma fuese declarada ciudad abierta por los mismos enfurecidos contendores.

Sobrenatural fortaleza la de aquella mañana de primavera cuando armaba quinientas mil doncellas italianas con el mensaje de la fe ante la avalancha de los escuadrones bárbaros de los comunistas de Italia. Audacia, divina audacia la de Pío XII, con sus directivas a las religiosas para que saliesen de los conventos a la conquista espiritual de los renegados, de los pobres y el afianzamiento de las instituciones cristianas.

Noble estrategia sobrehumana la suya al rejuvenecer instituciones cansadas, al abrir los sagrarios al atardecer, al permitir el sacrificio del cordero en la hora del Calvario, al dar flexibilidad al apostolado seglar, al variar las horas del triduo sacro, al suprimir rúbricas en beneficio de un pueblo agobiado por el trabajo y el vértigo de la vida, al dulcificar el ayuno eucarístico.

Osadía de padre y pastor cuando en la **Humani Generis** abría la puerta para la controversia sobre una posible evolución del cuerpo humano bajo la potestad de Dios.

Las antenas del Vaticano y la ciudad del Papa fueron vehículos y enlace de millares de personas desplazadas e ignoradas. Más de un millón de enfermos, de viudas, de inválidos, de huérfanos, fueron restituidos a sus hogares por obra del Pontificado en la presente centuria y en las dos contiendas universales.

Villa Galleria reparte hoy por los aires la cultura cristiana en un Pentecostés sin pausas e irradia hasta los polos la verdad del Evangelio. La Radio Vaticana es una apología de la fe, mensaje del amor de Dios, la academia de la ciencia iluminada por el Verbo y un mentís a quienes aun se atreven a desconocer el hecho de la revelación que ilumina la filosofía, las ciencias y la historia.

Valerosa la imparcialidad del Vaticano en las dos conflagraciones universales. Cada nación le quiso su aliado y todas reconocieron en él al Padre, calmada la tempestad.

Al caer de la tarde de su vida se escucharon las vigorosas defensas de los amados pueblos ruso y chino, oprimidos y vejados, aherrojados despóticamente por la tiranía de un estado que, al renegar de Dios, desconoce los derechos de la persona humana.

Al empezar su pontificado decía valerosamente a los gobiernos en trance de batalla: "Es con la fuerza de la razón y no con la fuerza de las armas como la justicia avanza.

Las conquistas y los imperios que no estén fundados en la justicia no son bendecidos por Dios". Cuando los pancer avanzaban por las llanuras de Polonia sordos a la voz del Pontificado, el Papa hablaba como el buen Pastor: "Con nosotros está el alma de esta antigua Europa que creció en la fé y el genio cristiano. Con nosotros está toda la humanidad que busca pan y libertad y no la espada que destruye y mata. Con nosotros está ese Cristo que con amor fraternal dio su mandamiento fundamental y solemne, la sustancia de la religión, la promesa de salvación por los individuos y naciones".

Y cuando en Moscú y en Belgrado y en Sofía y en las naciones bálticas, en la China y en las riveras del Plata, el demonio del poder enloquecido y absorbente encarceló pastores o quiso despojar la grey de sus templos empurpurando el suelo con sangre de mártires consagrados, desde la colina del Vaticano, misericordiosa y buena, resonó la conminatoria voz, el anatema para los poderes detentadores del gobierno contra los divinos derechos y las prerrogativas del hombre redimido por Cristo y esclarecido por su ley.

Contra la ciencia atea y desafiante pronunció aquella incomparable alocución en la Academia Pontificia de Ciencias con la cual, al decir de un pensador, ha puesto punto final a la pomposamente llamada era de la ilustración que condujo a generaciones de estudiantes a la sofística contradicción entre los conocimientos científicos y las enseñanzas de la fe, transmitidas a través de las edades. El mismo sabio astrónomo continuaba: "Aparecida la división del átomo se necesita más fantasía para negar la existencia de Dios que para aceptarla. El conocer a Dios se ha hecho fácil para el hombre con el avance de la ciencia. Todo cambia, todo está en marcha, luego existe el inmutable. La división del átomo nos ha enseñado que el mundo inorgánico, hasta su médula más profunda, está marcado por las características de la mutabilidad. Ahora se puede calcular matemáticamente el principio del mundo".

Toda su vida de sacerdote, de prelado y de Pontífice fue una audaz tarea permanente por la paz. Al morir el Papa se escuchó la voz de la magistratura de Tokio diciendo: "La muerte del Pontífice de la paz, es una pérdida irreparable" y la del ministro de relaciones de Israel en la Onu proclamando: "Nuestra época fue enriquecida con su voz

que hablaba en nombre de los grandes valores morales por encima del tumulto y los conflictos cotidianos. Nosotros lloramos al gran servidor de la paz”.

Paz también para el vencido. Durante el Pontificado suyo el Vaticano, los palacios de Letrán, los monasterios de Roma albergaban a los perseguidos por el furor de la guerra sin preguntarles su religión, ni reclamarles sus campañas irreligiosas. Comunistas, nazis, fachistas y anticlericales le debieron el asilo, el pan, y el influjo protector. Numerosos de aquellos hombres se conmovieron, lloraron, se arrepintieron y rezaron por el Papa de la paz.

Su concepto cristiano sobre la democracia

El pensamiento del Pontificado Romano sobre la política de los estados y el gobierno de las repúblicas tiene como sustentáculo y norma la *Rerum Novarum*, la *Quadragesimo Anno* y los radio mensajes del Pontífice que acaba de sucumbir entre las plegarias y el dolor del humano linaje.

“Los pueblos, decía en 1944, al siniestro resplandor de la guerra que les rodea, en medio del ardoroso fuego de los hornos que les aprisionan, se han despertado de un prolongado letargo. Ante el estado, ante los gobernantes, han adoptado una actitud nueva, interrogativa, crítica, desconfiada. Estas multitudes inquietas, trastornadas por la guerra hasta las capas más profundas, están hoy día penetradas por la persuasión, al principio tal vez vaga y confusa, pero ahora ya incoercible, de que, si no hubiera faltado la posibilidad de corregir la actividad de los poderes públicos, el mundo no habría sido arrastrado por el torbellino desastroso de la guerra y de que para evitar en adelante la repetición de semejante catástrofe es necesario crear en el pueblo mismo eficaces garantías.

“Son características de una justa democracia la capacidad de manifestar su parecer sobre los deberes y los sacrificios que se les impone por parte de la ciudadanía.

“Pero esa ciudadanía no puede ser una multitud amorfa o como suele decirse una “masa” porque son conceptos diversos. El pueblo vive y se mueve con vida propia; la masa es por sí misma inerte y no puede recibir el movimiento sino de fuera. El pueblo vive de la plenitud de la vida de

los hombres que la componen, cada uno de los cuales es persona consciente de su propia responsabilidad y de sus convicciones. La masa por el contrario espera el impulso de fuera, juguete fácil en las manos de quien explota sus instintos e impresiones, dispuesta a seguir, cada vez, hoy ésta, mañana aquella otra bandera. De la exhuberancia de vida de un pueblo verdadero, dice el Papa, la vida se difunde abundante y rica en el estado y en todos sus órganos, difundiendo en ellos con vigor, que se renueva incensantemente, la conciencia de la propia responsabilidad, del auténtico sentimiento del bien común.

“En un pueblo digno de tal nombre, el ciudadano siente en sí mismo la conciencia de su personalidad, de sus deberes y derechos, de su libertad unida al respeto de la libertad y de la dignidad de los demás. Como antítesis de este cuadro ideal democrático de libertad e igualdad en un pueblo gobernado por manos honestas y pródidas, qué espectáculo presenta un estado democrático dejado al arbitrio de la masa! La libertad, el deber moral de la persona, se transforma en pretensión tiránica de desahogar libremente los impulsos y apetitos humanos con menoscabo del prójimo. La igualdad degenera en nivelación mecánica... el respeto de la tradición, el sentimiento del honor, la actividad personal, la dignidad, en una palabra, todo lo que da a la vida su valor, poco a poco se hunde y desaparece. Y únicamente sobreviven las víctimas engañadas por la fascinación aparatosa de la democracia y por otra, los explotadores más o menos numerosos que han sabido mediante la fuerza del dinero, o de la organización, asegurarse sobre los demás una posición privilegiada y aún el mismo poder.

“Son características del estado democrático, continuaba diciendo el Pontífice, el que el Estado esté investido con el poder de mandar con autoridad verdadera y efectiva. Porque si los hombres valiéndose de una libertad personal, negasen toda dependencia de una autoridad superior, provista del derecho de coacción, por lo mismo socavarían el fundamento de su propia dignidad y libertad. El poder público, a la luz de la sana razón y especialmente a la luz de la fe cristiana, no puede tener otro origen que un Dios personal, creador nuestro, de donde se sigue que la dignidad de la imagen de Dios, la dignidad del Estado es la dignidad de la comunidad moral que Dios ha querido y la dignidad de la

autoridad política es la dignidad de su participación de la autoridad de Dios. El poder público que desconozca aquellas bases o las descuide “remueve en sus mismas bases su propia autoridad”.

El poder legislativo, decía el radio mensaje con gran sabiduría, “debe recoger en su seno una selección de hombres espiritualmente eminentes y de carácter firme que se consideren como los representantes de todo el pueblo y no ya como los mandatarios de una muchedumbre, a cuyos intereses particulares muchas veces, por desgracia, se sacrifican las reales necesidades y exigencias del bien común. Una selección de hombres de sólidas convicciones cristianas, de juicio justo y seguro, de sentido práctico y ecuánime, coherente consigo mismo en todas las circunstancias; hombres de doctrina clara y sana, de designios firmes y rectilíneos; hombres, sobre todo, capaces, en virtud de la autoridad que emana de su conciencia pura, de ser guías y dirigentes, sobre todo en tiempos en que urgentes necesidades sobreexitan la impresionabilidad del pueblo y lo hacen propenso a la desorientación y extravío; hombres que en los períodos de transición atormentados generalmente y lacerados por las pasiones, por opiniones divergentes y por opuestos programas, se sientan doblemente obligados a hacer circular por las venas del pueblo y del estado, quemadas por mil fiebres, el antídoto espiritual de las visiones claras, de la bondad solícita, de la justicia que favorece a todos igualmente y la tendencia de la voluntad hacia la unión y la concordia nacional en un espíritu de sincera fraternidad.

“El absolutismo del estado consiste de hecho en el principio erróneo de que su autoridad es ilimitada y que frente a ella, aun cuando de rienda suelta a sus miras despóticas, traspasando los límites del bien y del mal, no cabe apelación alguna a una ley superior que obliga moralmente. El buen gobernante jamás ofenderá la majestad de la ley positiva dentro de los límites de sus naturales atribuciones. Pero esa majestad del derecho positivo humano es cuando se conforma al orden absoluto, establecido por el Creador y presentado con nueva luz por la revelación del Evangelio”.

Al año siguiente en la alocución a la Sagrada Rota Romana continuaba el Pontífice iluminando los conceptos cristianos de la democracia lo mismo que en la alocución a los congresistas del movimiento universal por una federación

mundial, a la semana social de Francia, en los radiomensajes de navidad de 1953 y en la alocución a las asociaciones cristianas de trabajadores italianos.

“Ciertamente el medioevo cristiano, afirmaba el Pontífice, especialmente informado del espíritu de la Iglesia, con su abundancia de florecientes comunidades democráticas mostró, cómo la fe cristiana sabe crear una democracia verdadera y propia. Porque una democracia sin la unión de los espíritus, al menos en los principios fundamentales de la vida, sobre todo en lo relativo a los derechos de Dios y a la dignidad de la persona humana, al respeto hacia la honesta actividad y la libertad personal, incluso en las cosas políticas, sería defectuosa e insegura. Cuando el pueblo se aleja de la fe cristiana y no la pone resueltamente como principio del vivir civil, entonces también la democracia se altera y deforma fácilmente, y con el trascurso del tiempo está sujeta a caer en él “totalitarismo” y en el “autoritarismo” de un sólo partido (Alocución a la Sagrada Rota)”.

Son enemigos de la democracia, según el Pontífice desaparecido, el culto ciego del valor numérico, el menosprecio de la familia y el ideal de la libertad cuando no se conjuga con la conciencia del propio derecho de los demás y con la propia responsabilidad hacia el bien general.

Enemigo igualmente deplorable es la falta de civismo entre gobernantes y gobernados por no entregarse en afán del bien común a las necesidades esenciales de la moral política. “Una crisis del poder es una crisis de civismo, es decir en último análisis, una crisis del hombre”.

Peligros de la democracia son la constitución de grupos de intereses poderosos y activos que agravan más la crisis. Ya se trate de sindicatos patronales u obreros, de trust económicos, de agrupaciones profesionales o sociales, estas organizaciones han alcanzado una fuerza que les permite gravitar sobre el gobierno y sobre la vida de la nación. “Y si los responsables de esos organismos no saben adecuar sus propios horizontes a las perspectivas de la nación, y no saber sacrificar su prestigio y eventualmente sus beneficios inmediatos al reconocimiento real de lo que es justo, mantienen en el país un estado de tensión nocivo, paralizan el ejercicio del poder político y comprometen, por último, la libertad de aquellos a los que pretenden servir”.

Desplomados los gobiernos totalitarios y destruídas las estructuras que se fundaban sobre las razas y los mitos, el Pontífice alertaba a los católicos para la reconstrucción de los pueblos destruídos. La Europa continental, más acá de la cortina de hierro, y la mayoría de los pueblos de América lo mismo que algunas regiones del Asia y del Africa, escucharon su mensaje. Y ante la avalancha de los siniestros poderes de Moscú que se desbordaba como un alud amenazador desde las estepas hacia el Mediterráneo y los mares remotos, numerosos pueblos cristianos, Alemania y Francia, Austria y Bélgica, Luxemburgo y España, Italia y Portugal, Holanda y numerosas naciones latinoamericanas van estructurando penosamente, lentamente, profundamente, las instituciones civiles y políticas de acuerdo con el pensamiento del Pontífice. Otros pueblos y otras naciones no han podido sustraerse al realismo, la libertad y la dignidad del pensamiento pontificio que se ha hecho carne y vida en sus instituciones jurídicas y de la armonía social de los pueblos entre sí y de estos con las demás naciones de la tierra.

Sin Cristo, los pueblos decaen, los gobiernos perecen, las instituciones se corrompen, se odian los hombres, crecen la miseria, la anarquía o la tiranía.

Cristo es la resurrección y la vida del hombre, de las razas y de todas las naciones.

El Papa y Colombia

Cuando ondeaban las banderas marianas en todos los hogares de Colombia, al celebrarse el Congreso Mariano en Bogotá, decía el Papa a los colombianos con paternal amor y deferencia: "Colombia, entre sus muchos títulos de gloria y de nobleza —que no en balde fue un día puerta para la fe y la civilización— cuenta como uno de los primeros ser un pueblo ardientemente mariano. Su suelo rico y hermoso, lo mismo en las cimas imponentes de las cordilleras que en las risueñas y fecundas tierras bajas, se nos presenta como un manto precioso, donde fingen perlas y rubíes los incontables santuarios de la Madre de Dios. Desde Nuestra Señora de la Peña en Bogotá, hasta la Virgen de la Popa en Cartagena; desde la del Rosario en Tunja o la de Monguí, o la de la Candelaria en Medellín, hasta la devotísima Señora de las Lajas, dominando sobre todo las invocaciones,

como sol entre las estrellas, Nuestra Señora de Chiquinquirá”.

Y cuando ardían cien mil antorchas levantadas por los varones ante el templo de Cali, los preladados de las naciones vecinas y la nuestra, el poder ejecutivo y las muchedumbres de los países libertados por Bolívar, pudieron escuchar el elogio de la unidad y la apología del Libertador en aquellas solemnes declaraciones pontificias: “Nuestra mirada paternal, amados hijos de Colombia y de Venezuela, del Perú y del Ecuador, de Bolivia y Panamá, se recrean al veros hermanados ante el altar y bajo el nombre de aquel que, como la historia lo ha reconocido ya, por encima de todas sus antinomias individuales, suavizada luego con los años, fue sostenedor de los fueros del santuario, pregonero de la alta paternidad de los sucesores de Pedro y consciente conservador, para los suyos, del patrimonio sagrado de la fe”. Y continuaba el Papa dirigiéndose a las naciones bolivarianas: “Pocas necesidades habrá hoy tan apremiantes como la consolidación de la familia cristiana, arco fundamental sobre el que descansa esa humana sociedad, que es como la cúpula que corona todo el edificio de la creación; pocas tan urgentes como el saneamiento de esta fuente natural de la vida y que quiere salvar la existencia misma de la humanidad y hacer que no se malogre en ellas el fruto de la redención. Hasta su misma unidad e indisolubilidad, hasta su misma trascendental finalidad diríanse hoy en peligro.

“Unión indisoluble de los esposos entre sí, unión de los padres con los hijos, fundada en el amor. Y cómo no habría de vigorizar este lazo aquel sacramento que es generador de nuestra caridad y por el cual formamos con él un solo espíritu.

“Pero la familia cristiana tiene una misión casi divina: la de transmitir y encender la vida, como se propaga el fuego santo al pasar de uno a otro en los pabilos de los cirios que se yerguen sobre el altar. Esposos, padre e hijo. Misterio del amor terreno. Eucaristía, misterio del amor divino, que sustenta y perfecciona la vida espiritual, que hace florecer este huerto selecto de la familia, elevando hasta la cima más sublime, la finalidad de llenar la tierra de hijos de Dios, en cuya palabra balbuciente reconozca el Padre omnipotente y eterno la voz de su Divino Hijo”.

El 20 de junio de 1952 en la fiesta del Sagrado Corazón

de Jesús, desde la sala de San Giovanni, el Sumo Pontífice le dijo a los colombianos en su radiomensaje: "Porque para Colombia corren horas difíciles cuya gravedad ha sido puesta suficientemente de relieve por la voz común de vuestros Pastores. El demonio de la discordia y de la violencia, no satisfecho con escindir al universo mundo en dos bandos que se miran cejijuntos, desea dividirlos también a vosotros y lanzaros unos contra otros, como si en vez de hermanos fuéis los más encarnizados enemigos. Conseguirá su pernicioso intento? Convertirá a vuestra patria en una liza de riñas fratricidas? Será capaz de hundir hasta tal punto el nombre grande de Colombia?"

"Colombia es un pueblo de vieja civilización cuya historia Nos mismo hemos unido muchas veces a la de aquellos antiguos y esforzados paladines —Quesada, De la Cosa, Belalcázar— a cuyo impulso heroico cedieron las primeras puertas del Mundo Nuevo.

"Colombia es símbolo de cultura auténtica y de buena ley, como se demostraría —puesto que en sonoro castellano estamos hablando— solamente con recordar los nombres de los Caros, de Cuervo, de Marroquín, de Gómez Restrepo, por citar los primeros que se nos vienen a los labios.

"Pero Colombia, sobre todo, a quien Nos hemos llamado puerta para la fe y la civilización, jardín de la Virgen, es sinónimo de religiosidad, de catolicismo sentido y vivido, de tierra escogida, donde Nuestra Santa Religión se conserva en todo su esplendor. No es acaso en Colombia, donde, en circunstancias tan críticas ha sido invocado por todos "la acción pacificadora de la Iglesia?"

"Pues bien, héla aquí; he aquí a la Iglesia de Cristo, por boca de su cabeza visible, que invita a todos los colombianos a la paz en el orden y en la justicia, en la fidelidad a la doctrina de Jesucristo; a esa paz —la única verdadera y posible— que parte de la pacificación interior del alma con Dios, que se apoya en los sentimientos de fraternidad y de concordia que, superando los bajos instintos que pugnan por perturbarla, firmemente se eleva sobre los sólidos cimientos del amor y de la caridad".

Colombia le debe al Papa desaparecido innumerables favores peculiares. Su primera púrpura gloriosa, la erección de nuevas florecientes provincias eclesiásticas, la creación de nuevas diócesis, vicarías apostólicas, prefecturas y pre-

laturas. La aprobación definitiva del Seminario de Misiones y de la Congregación de la Madre Laura. La exaltación a Pontificia de la Universidad Católica Bolivariana; la inicial aprobación de una Congregación nacida en la arquidiócesis para la vigilancia y educación de la niñez. El aporte pecuniario en sus calamidades públicas. El envío a nuestra patria de egregios prelados de nombradía internacional, apóstoles denodados y prudentes como lugartenientes suyos ante el gobierno nacional. La exaltación a basílicas de varias catedrales y templos, la coronación de Nuestra Señora de La Candelaria, patrona de la ciudad de Medellín, enviada desde la Colonia por Mariana de Austria, como tutela de la Villa y la permanente dirección al Celam, a las semanas sociales, a los congresos católicos de la patria.

Los embajadores nuestros ante el Vaticano, los prelados del país, los sacerdotes, los numerosos peregrinos que le conocieron en Roma y recibieron su bendición, regresaron conmovidos trayendo el mensaje de misericordia del Papa en aquellas palabras de reconfortante paternidad: "Cómo sufre por Colombia y el Papa ora por ella y la bendice para que cesen la violencia y los odios entre hermanos".

Llamó a Colombia "avanzada de la civilización cristiana en América" y a la Antioquia nuestra: "La Irlanda del Continente Latinoamericano" por las numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas, por su acendrado amor a Cristo, a Nuestra Señora y al Papa, por la constitución cristiana del hogar.

Entre los países de la América Latina fueron Colombia y Argentina los más favorecidos con radiomensajes pontificios.

En homenaje suyo debe Colombia pacificar los espíritus con la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Fulgens Corona

La Santidad de Pío XII se destaca en el horizonte de la presente centuria como la más enhiesta personalidad. No hubo fenómeno social, religioso, político o cultural, que no le encontrara vigilante, orientador, iluminador. Ni sector alguno de los estamentos sociales que no recibiera su voz de estímulo, la palabra caritativa y educadora, el consejo oportuno, la doctrina insuperable.

Los obreros y los médicos, los estudiantes y los profesores, después del episcopado y del sacerdocio, se llevaron sus predilecciones.

La mujer y el hogar, los ferroviarios y las sencillas empleadas del servicio doméstico, los ascensoristas y notarios, los abogados y los científicos, los sociólogos y los técnicos, los periodistas y los patronos, los parlamentarios y los gobiernos, los gimnastas y deportistas, los historiadores y los ingenieros, los químicos y los artistas, los detectives y locutores radiales, los economistas y las enfermeras, los astrónomos y los arquitectos, los aviadores y los marinos, los hoteleros y horticultores, la academia de ciencias y la guardia noble, los banqueros y los empresarios, los editores y los farmacéutas, los enfermos y los tristes, los prisioneros y los militares, los orfebres y joyeros, los niños y las viudas, todos ellos le deben al Papa la acogida en sus congresos, la voz de aplauso en sus menesteres, la luz indeficiente de su palabra iluminada, una orientación, una norma, una admonición.

Cuánta fue la sabiduría de sus mensajes y discursos que no hay problema humano que no haya sido esclarecido por la luz del Verbo, cuyo intérprete fiel fue el Soberano Pontífice desaparecido.

Un plebiscito mundial de las asociaciones y corporaciones bendecidas por él, comprendidas por él, orientadas por el Papa, lo declararía filialmente para el primer pedestal entre las glorias del humano linaje.

Y mientras el pueblo católico gime y llora, suplica y espera por medio de Nuestra Señora la Madre de Dios, cuya asunción al cielo definió desde San Pedro, se levanta un rumor, una plegaria, una emoción multitudinaria desde todos los ángulos del globo para que las generaciones actuales puedan ver glorificada por la cátedra de Pedro y canonizada su memoria.

“Sólo el alma es inmortal en todas las cosas de la tierra” dijo el Papa en solemne ocasión.

Su alma es inmortal, e inmortal su figura soberana.